

Laudatio Rafael Moneo. Premio Nacional de Arquitectura 24.10.2016

Señor Ministro de Fomento, señor Director del Museo del Prado, autoridades, colegas, amigos, querido Rafael:

Es un honor glosar la trayectoria del galardonado con el Premio Nacional de Arquitectura, y un privilegio hacerlo en este claustro donde se cruza la historia de nuestro país con el propio itinerario biográfico de Rafael Moneo, que si se inicia en Tudela en 1937, tiene en Madrid su corazón cordial, y en este museo su eje secreto. La influencia intelectual del padre ingeniero y los Jesuitas de Tudela forjan la personalidad primera de este navarro que corre los Sanfermines mientras prepara el ingreso en la Escuela de Arquitectura de Madrid. En ella, Alejandro de la Sota le descubre la abstracción de Mies van der Rohe, pero el organicismo de Frank Lloyd Wright y Alvar Aalto gana la partida escolar, y el joven estudiante se ejercita durante tres años en el estudio de Francisco Javier Sáenz de Oíza. Tras titularse, un año en el estudio danés de Jørn Utzon y dos en la Academia de España en Roma dan a su formación una inconfundible pátina clásica y escandinava, que pronto entrará en resonancia con la influencia teórica de Aldo Rossi y Robert Venturi.

Aunque su primera obra significativa es la ampliación de la Plaza de Toros de Pamplona, su trayecto profesional tiene como hitos iniciales tres obras construidas durante los años setenta, que conjuntamente expresan bien el inquisitivo interés de Moneo por el tipo y la geometría como instrumentos para la conformación de la ciudad. El edificio de viviendas sobre el Urumea, más allá de los gestos orgánicos de su fachada, propone una modificación sustantiva del tipo residencial habitual en esta zona de San Sebastián; la madrileña sede de Bankinter, respetando el palacete sobre la Castellana y levantando tras él una exquisita fachada de ladrillo aplantillado sin llaga, se subordina a la geometría y al material de lo existente para dar una refinada lección de contextualismo; y el Ayuntamiento de Logroño singulariza la institución en el tejido urbano con un violento quiebro que arquitectónicamente se interpreta con una eficaz síntesis de los modelos de la Tendenza italiana y los rasgos lacónicos de la democracia nórdica. El ya profesor Moneo —catedrático desde 1970 en la Escuela de

Arquitectura de Barcelona— interpreta cada proyecto de forma diferente, pero en todos incluye una meditada declaración disciplinar.

En 1980 obtiene el encargo de la que será su obra más celebrada, el Museo Nacional de Arte Romano en Mérida, pero durante la primera mitad de los ochenta desarrolla también otros dos proyectos que obligan a revisar las relaciones entre historia, continuidad y carácter: la sede de Previsión Española en Sevilla y la Estación de Atocha en Madrid. Mérida es sin duda una obra feliz, donde el difícil desafío de construir sobre unos valiosos restos arqueológicos se resuelve con inesperada naturalidad, y donde la evocación de la imponente escala de la arquitectura romana se aborda con la regularidad rítmica y los ascéticos detalles de un galpón industrial refinado y rotundo, culto y popular a la vez; la Previsión sevillana, junto al Guadalquivir y la Torre del Oro, se inserta en la *veduta* romántica de la ciudad con sensibilidad pintoresca y materiales exquisitos, respetando el carácter del lugar para levantar un edificio más palaciego que financiero, y más intemporal que historicista; y Atocha, por último, amplía la marquesina de la vieja estación con un colosal espacio hipóstilo, creando además una nueva plaza flanqueada por la nave, un *campanile* de sabor nórdico y un volumen cilíndrico delimitado por robustos pilares cerámicos. Cuando todas estas obras están en construcción, Moneo recibe una oferta que no puede rechazar: desempeñar en Harvard el papel que en su día correspondió a arquitectos europeos de la talla de Walter Gropius o Josep Lluís Sert, y desde 1985 hasta 1990 será Chairman de Arquitectura en la Graduate School of Design.

Durante los años de Harvard, y mientras España se prepara para las efemérides de 1992, Moneo inicia varios proyectos que combinan interpretación e invención, y que se terminan todos en la proximidad del *annus mirabilis*: la Fundación Pilar y Joan Miró en Palma de Mallorca, cuya ampliación realiza con geometrías estrelladas de fortaleza mediterránea y la luz ambarina de las fachadas de alabastro; el edificio L'Illa Diagonal en Barcelona, un gran proyecto inmobiliario cuyo programa mixto se resuelve con un único hueco repetido en la interminable fachada, que se exfolia en los extremos para evitar la monotonía; y el Museo Thyssen-Bornemisza, alojado en un palacio del Paseo del Prado que Moneo reinterpreta invirtiendo el acceso, creando un gran zaguán de entrada y

diseñando para las salas en *enfilade* unos lucernarios-linterna que utilizará después en otros museos, de Estocolmo a Houston.

Rafael Moneo había iniciado en 1989 el pequeño y refinado Davis Museum en Wellesley College, y comenzaría en 1992 el gran volumen compacto del Museum of Fine Arts en Houston —sus primeras obras americanas, dos cubos coronados por lucernarios y al servicio del arte—, pero en los años 90, ya de regreso en Madrid, realiza tres obras en Europa que muestran magistralmente la tensión entre el respeto y la ruptura al construir en paisajes geográficos o urbanos: el Kursaal de San Sebastián es un auditorio y centro de congresos que puede ser taquigráficamente descrito con la metáfora suministrada por el propio arquitecto, dos rocas varadas en la playa, y cuya geometría cristalina pertenece a la costa accidentada antes que a la ciudad regular; los Museos de Arte y Arquitectura de Estocolmo se integran en el paisaje horizontal y en el perfil pintoresco de la isla que los acoge con un romanticismo casi escandinavo; y la ampliación del Ayuntamiento de Murcia daría la réplica a la fachada barroca de la Catedral con un retablo pétreo de desafiante abstracción y exacto ritmo aleatorio, creando una imagen de memorable musicalidad.

En 1996 al arquitecto se le otorgó el premio Pritzker, y su entrega en Los Ángeles coincidió con su designación para proyectar la catedral de la ciudad, un encargo de singular importancia social y simbólica, y que Moneo ejecutó combinando la visibilidad de sus formas aristadas desde la autopista con las innovaciones litúrgicas de su interior, reconciliando así la cultura del automóvil con los espacios sagrados. No menor trascendencia tendría la ampliación del Museo del Prado en la que nos encontramos, iniciada en la misma fecha, y que vendría a completar una extraordinaria secuencia de intervenciones a lo largo del eje Prado-Castellana, de Bankinter a Atocha pasando por el Thyssen y la ampliación del Banco de España, para mostrar que el Moneo de los éxitos internacionales podía ser también profeta en su tierra. Una constatación que hoy rubrica este galardón a una carrera de extraordinaria brillantez profesional e intelectual, seguramente la más destacada del último medio siglo español, y de la que todos los aquí reunidos hemos tenido la fortuna de ser testigos.

Luis Fernández-Galiano